¿Sabes qué...?

Antumbra

Capítulo 1

¿Sabes qué…?

Marchar. Márchate. Camina hasta que las plantas de tus pies se desgasten y tus dedos se quiebren.

Arrastrar. Arrástrate. Sublévate hasta que tus rodillas se desvanezcan.

Mirar. Mírala. Observa cómo la esperanza se ríe de tu andar. Desesperación por andanza y por tu forma de andar tormento te darán. Así has vivido desde que recuerdas.

Recordar. Recuérdalo. Rememora el amargo sabor óxido de la derrota inminente. ¿Sabes qué recuerdo mejor? Tu incapacidad de deshacerte de mí cuando emergí.

Saber. Lo supiste. Estabas consciente del motivo de mi presencia, y el por qué estás hoy así, rendido ante lo que venga.

Fracaso. Te sabes fracasada. Aspiraciones fallidas, acompañadas de una palpable culpa y un remordimiento que, intensos, fluyen por tu mirada vacía de amor.

Sentir. Siéntelo. Percibe el torbellino que a las fauces del demonio te lleva. ¿Sabes qué disfruto más? Tu incapacidad de dejar de escucharme.

Escuchar. Escúchalas. Atiende las plegarias que, por ti, tu familia ha arrojado a un ser que no responde.

Callar. Callas. No respondes, y no lo harás, pero a la vez lo haces; tu respuesta es el silencio.

Divertir. Me diviertes. Sí, me entretienes lo suficiente para hacer menos tortuosa esta escena. Mis carcajadas resuenan en los troncos secos de este campo de faroles sin luz.

Quietud. Quieta. Ahí sigues, paralizada en ese charco de lodo, hundida hasta el cuello, bajo la lluvia inclemente, en este bosque con olor a tierra mojada y con un torrente de memorias que acidifica el agua.

Correr. Corre. El viento corre danzante e implacable por las hojas de los árboles. ¿Sabes qué detesto de ti? Que nunca respondes. Que ya nunca lo

harás.

Callar. Callas. Estás callada, te guardas tus secretos, esperando con ansias que alguien te tenga piedad y se interese en tu baúl de memorias oxidadas por desuso. Es una lástima.

Tirar. Tirarla. Debo deshacerme de esta sonrisa, que sólo es un ancla, una pieza abstracta de una aspiración que no se cumplirá. No puedo volver a oírte.

Compadecer. Te compadezco. Das lástima, pero no haré nada por ti, que en verdad me encanta verte así, rodeada de neblina, cubierta de tierra endurecida, con el pelo húmedo, y tu mirada posada en el lodo que te absorbe.

¿Sabes qué debiste haber hecho? Ser valiente y afrontar tu inutilidad.

Vivir... Debiste vivir tu vida, pero nunca supiste sobrellevarla. Ese punto frío en tu pecho se ha extendido por todo tu cuerpo, y no es falta de vitalidad, sino dolor, que se esparce cual hambrienta bacteria en tu alma putrefacta.

Rendir. Rendirte. Te rendiste ante tu incompetencia, y así, sin más, te has limitado a respirar, a caminar, a llorar.

¿Sabes qué me sorprende? Lo poco que aparentabas saber de mí. Me escuchabas, me olías, me percibías, me moldeaste, y en tu lugar, yo viviré.

Morir. Mueren. Desfallecen las ganas de un futuro entre masas. No merecen tu augurio de tristeza. No los mereces. Más mereces morir huyendo de tus propias súplicas que escucharlas y tener el suplicio de la vergüenza ajena.

Penar. Pena. En pena, recorriste los pasillos de tu escuela, buscando una voz que te levantase. Nadie te levantará, lo supiste siempre. Quien se molesta en mirarte, lo hace para divertirse. Yo te miraba, te busqué, traté de llenar el vacío, pero la vida es ingrata. Tú igual.

Importar. Importa. No, a nadie le importas. Ni tú misma te importabas. Por esa razón estoy aquí, aguantando la risa por tu gesto vacío, viendo tu impotencia, mientras que, con ese rostro azul, sigues hundiéndote en un charco que te lleva consigo a las profundidades de las que provengo.

¿Sabes qué me habría gustado hacer? Partirte en diez, nueve, ocho, siete, once, veintiocho, mil doscientos trozos y regarte por mi manta blanca y ocultar tu dolor color de rosa sangrienta. Es una pena dejarte ir, pero un

regocijo también, pues nadie te perturbará.

Cobijar. Cobijo. Te cobijé bajo mi regazo, aguardando a que me quisieras. Amar. Yo siempre te he amado. Amé tu desesperación, tus gritos, tus lágrimas, tu corazón destrozado y esa boca sin dientes. Colecciono tus piezas en un altar. ¿Ves? Aún en tu partida, habrá quien te recuerde. Agradéceme... es verdad, no puedes. Sigue siendo tu silencio lo único que obtengo. Ahora, te cobija la tierra. Déjate querer, déjate enredar.

Aprender. Aprendiste. Nunca aprendiste a callar, y ahora ni un gesto, ni un bostezo, ni una sonrisa gesticulas. Ojos ausentes, piel de zafiro, boca carmesí. Cómo me gustaría que pudieras escuchar a mi corazón, bombeando con fuerza, gritandole al viento que eres hermosa, una bella manifestación decadente de un alma rota.

Apreciar. Aprecia. De tu boca sólo aprecié tu lengua falaz, audaz para darle caricias a mi mente con sus vacías y pedantes palabras de aliento, y de tu cuerpo, aprecié tus marcas de ira, de vacío, de temor, de compasión, de amor, repartidas por toda tu piel, como señal de una noche de reivindicación compartida. De haberte quedado conmigo... habría borrado tus cicatrices, en lugar de pintarte más.

Silencio. Silenciada. Calla, que el silencio reina en este paraje, gobierna tu boca, y gobierna mi sentir. Si tan solo quienes te rodeaban no te hubiesen dejado sumida en esa espiral de malas lenguas y ojos desdeñosos. La indiferencia duele, ¿No es así? Y aún así, aquí sigo, presenciando tu partida, como golpe con guante blanco por todo lo que me hiciste llorar.

Finalizar. Finaliza. Es momento de concluir mi labor, y dejarte unirte al tropel de catrinas que vivieron con miedo, murieron con pena, reemergieron en mis garras, revivieron en mi cama, despertaron ante mi cuchillo y perecieron en mis brazos.

¿Sabes qué hubiese sido hermoso? Que me hubieras aceptado en vez de odiarme como lo hicieron las demás, mi pequeño despojo de amor desgarrado.

¿Sabes qué…? Si tan solo no estuviese aquí, parado sobre el lodo, declamándole a la muerta naturaleza de este desolado paraje que será testigo de mi último delirio, imaginándome perversamente devolviéndote las emociones vividas y, por desgracia, padeciendo tus últimas palabras: "*¿Sabes qué esperaba yo de ti? Que me amaras como te amas a ti mismo. Desgracia la mía de encontrarme un cuarto vacío".*

¿Sabes qué? Tenías razón. Siempre la tuviste. Y es por ese vacío que hoy tú estás vacía. Perdóname, cariño mío... pero hoy, aquí te quedas tú, para formar parte de mi colección de cráneos rotos, y a la que he de regresar

un día, para unírmeles en su penuria y congoja. Adiós, mi cielo.

¿Sabes qué? Mejor me quedo un rato más, que aún huelo tu dulce esencia, acariciando al bosque, reemplazando a la bruma. ¿Sabes qué? Amo este bosque... ¡Espera! ¿Dónde estás? ¡Nuestra cita no ha terminado! ¡¿Quién te dio permiso de dejarme a solas, cuando aún no acabo de rendirte el tributo por romperme el alma?!

Bien. Está bien. Si así va a ser, encontraré a alguien más, alguien que sí me escuche, alguien que sí me aprecie, alguien que ame los bosques, que ame los versos, que ame la vida, que ame la muerte...

¿Sabes qué...? Mi colección aún no está completa. Dame un momento, que ya regreso...